

## EL SOSPECHOSO

(Jn 1,19-28)

El tono con que Juan inicia su evangelio, después del Prólogo, hace comprender que el proyecto de Dios no iba a encontrar una cálida acogida.

Ubicados en los sagrados palacios del poder, los jefes religiosos viven distantes del pueblo, al que, por el contrario, deberían cuidar y servir.

Ocupados en consolidar los propios privilegios y en extender su dominio, se muestran insensibles a los sufrimientos que ellos mismos provocan a las personas, imponiéndoles cargas cada vez más pesadas (Mt 23,4; Hch 15,10). Su único interés es dominar y desangrar al pueblo en nombre de una divinidad creada a imagen y semejanza de la casta que ostenta el poder, y, como ésta, cruel, ávida e insaciable (Mc 12,40).

La distancia respecto al pueblo no significa, no obstante, que los jefes no estén atentos a su estado de ánimo. A este respecto están vigilantes, dispuestos a captar cualquier mínimo brote de disenso o protesta, para sofocarla desde su nacimiento. Apenas oyen hablar de uno que bautiza “en Betania, más allá del río Jordán” (Jn 1,28), se abalanzan sobre él sin tomarse ni siquiera el tiempo de obtener las informaciones necesarias.

Inquietos ante la novedad representada por un bautizador improvisado, los “judíos” (término con el cual el evangelista indica no el pueblo, sino sus dirigentes), hacen comparecer inmediatamente desde Jerusalén a sacerdotes y levitas para que interroguen a este individuo.

Los levitas, pertenecientes a la tribu de Leví, ejercían la función de vigilancia y de policía en el templo, y estaban a disposición del sinedrío, en cuyo nombre podían arrestar a las personas y ejecutar los castigos. Su presencia es señal evidente de que están dispuestos a arrestar al bautista.

Los sacerdotes y los levitas se dirigen al desconocido con tono feroz: “Tú, ¿quién eres?”.

El interrogado no responde, no dice quién es, sino quién no es: “Yo no soy el Mesías” (Jn 1,20).

El sospechoso es Juan, del cual el evangelista no ofrece otra indicación más que “es un hombre enviado por Dios” (Jn 1,6). Cuando Dios desea manifestar su voluntad, evita cuidadosamente a las personas que pertenecen al ámbito del mundo religioso, porque son hostiles y rechazan cualquier tipo de anuncio novedoso que pueda turbar sus seguridades, y elige simplemente a “un hombre”, sin ningún otro título que el de pertenecer a la humanidad.

Juan es el hombre llamado a ser testigo de la luz que estaba por derramarse sobre el mundo “para que todos creyesen por medio de él” (Jn 1,7). El mandato que recibe es despertar en los hombres, entorpecidos y narcotizados por la religión, el deseo de plenitud de vida, preparando de ese modo el pueblo al Mesías.

Pese a la deriva a la que sus dirigentes habían arrastrado al pueblo (Ez 34,5), el Señor había garantizado que una parte del mismo siempre le permanecería fiel: “Yo dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, y en el nombre de Yahvé se cobijará el Resto de Israel” (Sof 3,12-13).

Es éste el “resto” que sabrá acoger a Jesús, el cual, sin embargo, no circunscribirá su acción a Israel sino que la extenderá a toda la humanidad, manifestándose como “Luz del mundo” (Jn 8,12), y desplegando su acción liberadora a todos aquellos que se encuentran privados de libertad (“Tengo también otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que conducir”, Jn 10,16).

He aquí el motivo que produce alarma en el seno del sinedrío.

Los jefes saben que pueden dominar al pueblo si éste sigue anestesiado por sus enseñanzas, aturdido por las luces de los ritos y de las liturgias, que es preciso hacer cada vez más escenográficas y deslumbrantes para ocultar el vacío que hay detrás.

Ellos temen la llegada del Mesías, “la luz verdadera que ilumina a todo hombre” (Jn 1,9). Saben, en efecto, que entre las obras que realizará el Mesías se encuentra el “abrir los ojos a los ciegos” (Is 42,7) y liberar a los oprimidos.

Si el pueblo abre los ojos, es el final para ellos: la liberación de los oprimidos supone el final

de los opresores.

En la incursión de los sacerdotes contra Juan, el evangelista anticipa la colisión dramática que tendrá lugar entre Jesús, el Hijo de Dios, y los sumos sacerdotes, los supuestos representantes del Señor.

Los enviados de Dios no tienen una vida fácil con las autoridades religiosas.

Cada vez que aparece un profeta en la historia, de inmediato surge un conflicto con las jerarquías sagradas. En vez de respaldar la actividad del enviado de Dios, las autoridades intentan en seguida detenerlo.

En su condición de guardianes fanáticos de una religión muerta y embalsamada que honra a los profetas del pasado (“Nosotros somos discípulos de Moisés” Jn 9,28), pero que no escucha a los enviados del Señor (“He venido en nombre de mi Padre y no me habéis acogido” Jn 5,43), las autoridades miran con recelo y sospecha cualquier novedad que surja.

### **Limpieza étnica**

Sorprendidos y aliviados por la respuesta de Juan, que niega ser el Mesías, los sacerdotes y los levitas le preguntan entonces quién es él.

¿No será acaso el temible Elías, el profeta che nel suo sacro furore sgozzava, bruciava e uccideva tutti quelli che considerava nemici di Dio e quindi suoi? (1 Re 18,20-40; 2 Re 1,10).

A tenor de cuanto encontramos escrito en el Libro del Sirácide, Elías tendría que volver a fin de “restablecer las tribus de Jacob” (Sir 48,10), llevando a cabo una selección en el interior del pueblo: para ello, separaría las familias puras de aquellas impuras, las legítimas de las ilegítimas, porque solo las familias israelitas que contasen con un pedigrí sin mancha alguna podían estar seguras de participar en la salvación del Mesías (Ed. 8,7).

De Elías se esperaba que llevase a cabo una especie de limpieza étnica siguiendo el modelo de Esdras, el escriba fanático que, después del exilio en Babilonia, organizó una sociedad basada en la intolerancia religiosa (Esd 7,26) y obligó a los hebreos a expulsar a las mujeres e hijos que no respondían a los requisitos de pureza prescritos (“Expulsaron a las mujeres junto con los hijos que habían tenido de ellas”, Esd 10,44).

Las respuestas de Juan se van haciendo cada vez más breves (“No lo soy”), y cuando le preguntan si es, al menos, el “profeta”, responde con un “No” rotundo que no deja lugar a dudas (Jn 1,21).

Desorientados por las lacónicas respuestas del Bautista, los sacerdotes y levitas le preguntan: “¿Quién eres?, dínoslo para que podamos dar una respuesta al que nos ha enviado. ¿Quién dices tú que eres?” (Jn 1,22).

Será el Sanedrín, en base a las informaciones recogidas, quien establezca el grado de peligrosidad representado por Juan, el imputado, quien habrá de proporcionar él mismo las pruebas para defenderse de la acusación. Porque una cosa es clara: no puede ser inocente uno que pone en marcha una actividad sin contar con el mandato específico de las autoridades competentes. En el mundo gobernado por la Ley, los impulsos, las mociones del Espíritu son ilegales.

Y Juan responde: “¿Yo? Una voz que grita desde el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo Isaías, el profeta” (Jn 1,23).

Juan se remonta a Isaías, el profeta que anunciaba la liberación de la deportación en Babilonia (Is 40,1-11).

Mientras en la profecía de Isaías se hablaba de “preparar el camino al Señor”, Juan no invita a preparar, sino a allanar dicho sendero.

Las autoridades religiosas no deben preparar nada, solo han de eliminar aquellos obstáculos que ellas mismas han colocado en el camino del Señor, impidiéndole realizar la tarea de liberar a su pueblo.

Pero no podrán hacerlo, porque el obstáculo es precisamente la institución religiosa que ellos

representan. Una institución que intentará impedir de cualquier modo, lícito o ilícito, la liberación que el Señor desea llevar a cabo.

Las autoridades no escucharán la invitación del Bautista, y éste dará con sus huesos en la mazmorra (Jn 3,24).

### **Como satanás**

El interrogatorio parece concluido por el momento, pero hay quien no ha quedado satisfecho. Son los autores del “soplo” al sinedrio: los fariseos.

Laicos fervorosos que practicaban en la vida cotidiana las mismas severas reglas observadas por los sacerdotes una semana al año durante su servicio en el templo, los fariseos gozaban de gran prestigio ante el pueblo y eran considerados las personas más cercanas a la santidad del Señor.

Celosos defensores de la tradición religiosa, los fariseos se infiltran entre el pueblo a fin de observar y acusar a todos cuantos no viven conforme a las costumbres de los padres, para después condenarlos, encarnando en la sociedad el papel de espías y acusadores que satanás tenía ante la corte de Yahvé (Job 1-2).

La primera vez que los fariseos aparecen en el evangelio de Juan es para someter al Bautista a un proceso inquisitorio.

La última será para capturar a Jesús (Jn 18,3).

El hecho que desconcierta a los fariseos es que un individuo se presente afirmando haber sido enviado por Dios, desentendiéndose de ese modo del surco trazado por la tradición de Israel.

Se esperaba al Mesías, al profeta Elías, al profeta..., pero ¿Juan quién es? La novedad no es nunca contemplada con agrado en el horizonte de las personas religiosas.

Los fariseos están desorientados y acusan a Juan de ejercer su actividad sin ningún mandato legítimo: “¿Entonces por qué bautizas si no eres el Mesías, ni Elías, ni tampoco el profeta?” (Jn 1,25).

Juan con su respuesta, en vez de pretender calmarlos, inquieta aun más a sus inquisidores: “Yo bautizo con agua...”, dejando entender que habrá quien continúe su actividad de otra manera, más potente y eficaz evidentemente, y será “Aquél que bautiza en Espíritu Santo” (Jn 1,33).

El bautismo, inmersión de un individuo en el agua, era conocido en el mundo judío como signo de un cambio de vida, de liberación de una condición negativa a una positiva, como paso desde la prisión a la libertad.

El bautismo de Juan ya ha producido alarma entre las autoridades de la religión, y ahora se anuncia la presencia de un bautismo revestido de un poder aún mayor.

Sin embargo, el autor de este nuevo bautismo es desconocido: “Entre vosotros hay uno que no conocéis” (Jn 1,26). La falta de conocimiento de Jesús, la Palabra de Dios, por parte de los que ostentan el poder religioso es uno de los hilos conductores del evangelio de Juan (Jn 15,21).

Desde su primera salida a escena, las autoridades religiosas son presentadas como las tinieblas.

Las tinieblas no perciben la luz, la muerte no conoce la vida, las autoridades jamás conocerán a Cristo: “Vosotros no me conocéis a mí ni a mi Padre; si me conocierais, conoceríais también a mi Padre” (Jn 8,19; 16,3).

Es el drama de la institución religiosa, que se auto-atribuye el papel de ser la única representante de un Dios que no conoce (“Quien me ha enviado dice la verdad, y vosotros no lo conocéis”, Jn 7,28), porque el Señor se manifiesta a través del amor y no mediante las leyes, a través de la vida y no por medio de la doctrina. Dios se comunica con obras en favor de la felicidad y plenitud de los hombres, no mediante reglas y códigos de comportamiento.

Es justo lo que hará Jesús desde su primera aparición.

## **LA INVENCION DEL PECADO** **(Jn 1,29-2,1-12)**

Ha sucedido lo que se temía.

Ha aparecido él, el Mesías.

Pero no es un profeta como Elías, ni un enviado del Señor como Juan, él mismo es Dios: un hombre “imagen del Dios invisible” (Col 1,15).

Ese Dios al que nadie ha visto nunca (Jn 1,18) ahora no solo se puede ver, sino también escuchar e incluso tocar (1 Jn 1,1-3). Un Dios que no debe ser buscado sino acogido, que desea comunicarse a los hombres para transmitirles su misma capacidad de amar, un Dios que no humilla al hombre, sino lo potencia. Un Dios todo por redescubrir.

### **Las sandalias del cuñado**

Juan había anunciado la proximidad del Mesías por medio de las imágenes del esposo y del cordero, figuras familiares en la tradición hebrea. La relación del Señor con Israel era representada por los profetas haciendo uso de la imagen nupcial (“Tu esposo es tu creador”, Is 54,5; Os 2), pero este matrimonio se consideraba ya caducado por las culpas del pueblo e Israel había quedado infecundo, como una viuda.

En el Libro del Deuteronomio se prescribe que cuando una mujer queda viuda sin hijos, “su cuñado se unirá a ella y la tomará por esposa, cumpliendo de ese modo el deber de cuñado hacia ella. El primogénito que ella dé a luz llevará el nombre de su hermano difunto; así su nombre no se borrará en Israel” (Dt 25,5-6). Pero en caso de que el cuñado rechazase unirse a la mujer para darle un hijo, su derecho pasaba a otro pariente.

Como gesto simbólico que sellaba este paso, el poseedor del derecho se despojaba de una sandalia y se la daba al pariente que se hacía cargo (Rt 4,7-8). Juan, respondiendo a quienes le interrogan de forma inquisitiva, había afirmado que el Esperado era uno del cual él no era “digno de desatar las correas de sus sandalias” (Jn 1,27), aludiendo a esta práctica matrimonial llamada “Levirato” (del latín *levir*, cuñado).

Por consiguiente, con su afirmación Juan está negando ser el esposo: no es él quien debe fecundar a la viuda, él es únicamente “el amigo del esposo”, que “exulta de gozo a la voz del esposo”. La bendición bíblica “Creced y multiplicaos” (Gen 1,28) se realizará con Jesús; es él quien debe crecer (“él debe crecer y yo, en cambio, disminuir”, Jn 3,29-30).

Pero solo Juan exulta.

La llegada del esposo será solo fuente de preocupaciones para las autoridades, para quienes la desolación del pueblo en su estado de viudedad no representaba problema alguno.

Las situaciones de muerte no inquietan a los que detentan el poder, lo que les alarma son las situaciones de vida, y ahora ante ellos hay uno que es definido la vida misma (Jn 1,4).

Juan también ha señalado a Jesús como “el cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29). Se trata del cordero pascual, cuya sangre liberó al pueblo de la muerte y cuya carne fue el alimento que permitió al pueblo iniciar el éxodo desde Egipto (Ex 12,1-4).

Definiendo a Jesús como “cordero de Dios”, el Bautista anuncia la llegada de la nueva pascua, la liberación del pueblo de la esclavitud.

El nuevo y definitivo éxodo que llevará a cabo Jesús consistirá en sacar al pueblo del “pecado del mundo”.

No se trata de las culpas de los hombres (los pecados), sino del pecado que precede a la venida de Jesús y que oprime a la humanidad entera.

El pecado es el rechazo obstinado a la plenitud de vida que el Creador comunica a la humanidad. El evangelista identifica al mundo con una institución religiosa que solo gira en torno a sí misma, cuyo horizonte de visión no alcanza más allá de sus propios límites y en la que no hay ya

espacio para el Dios verdadero, sino únicamente para los intereses de la casta sacerdotal en el poder. Una institución que, en vez de facilitar la relación de los hombres con Dios, se ha convertido en su principal obstáculo: ella misma es tiniebla que no acoge la luz (Jn 1,5).

El “pecado del mundo” no ha de ser espiado por Cristo, sino eliminado.

Jesús no combate contra las tinieblas; antes bien, comunica a los hombres la posibilidad de escapar a su dominio.

“Aquél que quita el pecado del mundo” es, en efecto, “Aquél que bautiza en Espíritu Santo” (Jn 1,33): Jesús extirpa el pecado, que es la muerte, a base de comunicar su Espíritu, que es vida. Es justamente lo que hará a partir de su primera aparición en público.

### **Méritos y necesidades**

En el Prólogo, Juan lo había anunciado: “La Ley fue dada por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Jn 1,17).

Ha llegado el momento de la sustitución de la antigua alianza, fundada en la observancia de la Ley, por la nueva, basada en la acogida del amor.

En la primera alianza el hombre debía hacerse merecedor del amor de Dios, ahora solo ha de acogerlo como un don gratuito, porque el Padre no mira los méritos de los hombres sino sus necesidades.

El cambio de alianza es presentado por el evangelista a través del episodio conocido como “Las bodas de Caná” (Jn 2,1-12), el único momento del que se dice que Jesús “manifestó su gloria” (Jn 2,11).

Juan pone gran atención en hacer comprender al lector que no se trata de un hecho de crónica, sino que estamos ante una importante verdad que concierne a la fe. Por esto, ya desde el inicio del pasaje, coloca una serie de claves de lectura que permiten al lector ir más allá de la historia para situarse en la teología.

La datación del episodio, “el tercer día”, es una clara referencia al día de la alianza entre Yahvé y su pueblo en el monte Sinaí (“Al tercer día, Yahvé descenderá sobre el monte Sinaí a la vista de todo el pueblo”, Ex 19,11).

Los personajes que aparecen en estas bodas son todos anónimos: en la narración aparecen los discípulos de Jesús, su madre, los sirvientes, el esposo, el mayordomo, pero ninguno de ellos es presentado con su nombre. Solo Jesús es nombrado.

Por medio de estos artificios literarios, el evangelista pretende presentar una serie de personajes representativos de una situación que no queda circunscrita al episodio narrado, sino que está abierta a los creyentes de todo tiempo.

En estas bodas falta, sin embargo, el elemento más importante, el vino: “¡No tienen vino!” (Jn 2,3) es la dramática respuesta de la madre de Jesús. No afirma que se haya acabado el vino, sino que nunca lo ha habido, y sin vino no hay boda posible. El vino, expresión de la alegría (Am 9,13-14; Os 14,7; Jer 31,12), es un elemento indispensable en el matrimonio, desde el momento en que representa el símbolo del amor entre los esposos (Ct 1,2; 7,10; 8,2). Una boda sin vino es el signo de un matrimonio carente de amor.

No existía espacio para el amor en la alianza de Moisés, porque ésta había sido impuesta a base de terror, y donde hay temor no hay amor, “porque el temor presupone el castigo y quien teme no es perfecto en el amor” (1 Jn 4,18).

¿Cómo podía el pueblo experimentar un sentimiento de amor hacia un Dios que no solo descargaría más de cincuenta terribles maldiciones sobre los transgresores de su ley, sino que además “se complacería en haceros perecer y destruirlos” (Dt 28,63)?

A las ausencia del vino-amor, se contraponen la exagerada cantidad de agua usada para las purificaciones: “seis tinajas de piedra para las purificaciones de los judíos, capaces de contener cien

litros cada una” (Jn 2,6). Más de seiscientos litros de agua que no servían para el consumo doméstico, sino para purificarse de las culpas.

Las tinajas son de piedra, como las “tablas de piedra” en las que están escritas “la Ley y los mandamientos” (Ex 24,12). Y es precisamente en la Ley donde se encuentra el concepto de “purificación”, de separación entre el mundo del hombre, lo profano, y el mundo divino, sagrado, separación que hace difícil, si no imposible, la relación con el Señor, y, en cualquier modo, siempre precaria (Lv 15,31).

En el Libro del Génesis se lee que el Creador llenó el mundo de seres vivos, desde las aguas profundas hasta los cielos altísimos, toda clase de “bestias, reptiles, y animales salvajes” (Gen 1,20-25), y que, tras haberlo creado, “Dios vio que todo era bueno” (Gen 1,25).

El autor del Libro del Levítico no se muestra de acuerdo con esta visión optimista del creado y separa netamente los animales puros de los impuros, aquellos que pueden ser tocados y comidos, de aquellos otros que hacen impuro al hombre solo con su contacto (Lv 11). La lista de las acciones que podían hacer al hombre impuro, impidiéndole así estar en comunión con su Señor, era interminable: desde el nacimiento hasta la muerte el individuo estaba bajo el manto de la impureza y de la necesidad de una continua purificación para entrar en relación con Dios (Lv 12, 1,6; Lv 15,16-28).

La casta sacerdotal, por medio de la Ley, había inventado el pecado para inculcar el sentido de culpa en las personas y mantenerlas de ese modo sometidas (“La fuerza del pecado es la Ley”, 1 Cor 15,56).

A fin de mantener su poder, los escribas y los sacerdotes hacían imposible observar la Ley (Hch 15,10), de modo que el individuo se encontrase siempre en condición de pecado. Reivindicando solo para sí misma la capacidad de perdonar, la institución religiosa había creado un sistema de control de las conciencias exhaustivo y tremendamente eficaz.

Pero ha llegado el momento del cambio radical de la alianza y de la relación entre los hombres y Dios: el agua va a ser cambiada en vino.

Jesús ofrece la verdadera purificación que hará posible mantener una relación continua con el Señor. Esta purificación no dependerá de la observancia de la Ley, sino de la acogida del amor gratuito del Señor.

El agua servía para la purificación exterior del individuo, el vino ofrecido por Cristo, símbolo del amor de Dios, penetra dentro del hombre, se convierte en su misma sangre y le permite establecer sin más intermediarios una relación personal e inmediata con el Padre.

En la nueva alianza no es menester que el hombre se purifique para ser digno del Señor; antes bien, es la acogida del Señor lo que le purifica y le hace digno de su amor.

“No tienen vino” había exclamado, alarmada, la madre de Jesús; ahora, tras la intervención de Cristo, no solo hay vino en abundancia, sino que éste es de una calidad óptima (Jn 2,10).

Transformada la alianza, que el mismo Dios declara ya obsoleta y superada (Hb 8,13), las instituciones del pacto antiguo resultan ya ser inútiles.

Las estructuras antiguas no han de ser purificadas, más bien se precisa su eliminación: es esto lo que hará el Mesías, comenzando por el templo de Jerusalén.